

15. Otro Hombre

E. J. Waggoner

Hay algo sumamente reconfortante en la idea de recibir el poder del Espíritu Santo; y no es de extrañar, porque el Espíritu es el Consolador. Pero el gran consuelo de ello se muestra en el resultado, como se ilustra en un caso típico. Cuando Samuel ungió a Saúl como rey sobre Israel, le dijo: «Después de esto llegarás al collado de Dios donde está la guarnición de los filisteos; y cuando entres allá en la ciudad encontrarás una compañía de profetas que descenden del lugar alto, y delante de ellos salterio, pandero, flauta y arpa, y ellos profetizando. Entonces el Espíritu de Jehová vendrá sobre ti con poder, y profetizarás con ellos, y serás mudado en otro hombre.» (1 Samuel 10:5-6, RVR1960)

¡Qué pensamiento tan maravillosamente agradable, que el Espíritu transforma a quien cede a su presencia en otro hombre! El viejo hombre es pecaminoso. Somos carnales por naturaleza. Hemos cometido muchas obras impías, porque el pecado era nuestra propia naturaleza. El recuerdo de esos pecados a menudo nos ha consternado, así como el conocimiento de la naturaleza pecaminosa, de donde vinieron, a menudo nos ha sido motivo de dolor y vergüenza. Las malas acciones pasadas que no podíamos borrar, nos habían sido presentadas por Satanás para desanimarnos, y así darle a él mayor poder sobre nuestra naturaleza pecaminosa.

Pero ahora nos llega la gloriosa noticia de que, al rendirnos al Espíritu de Dios, podemos ser transformados en otras personas. Ese «nuevo hombre» es «creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.» (Efesios 4:24, RVR1960). Ocupa el lugar de «el viejo hombre, que está viciado conforme a las concupiscencias engañosas.» Este nuevo hombre es «conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno,» (Colosenses 3:10, RVR1960); y esta renovación tiene lugar «de día en día.» (2 Corintios 4:16, RVR1960).

Nos rendimos, y la transformación se efectúa. Seguimos rindiéndonos, y la renovación tiene lugar continuamente. Y ahora el diablo vuelve a nosotros con sus viejos trucos. Nos presenta la larga lista de pecados, pero ya no nos consternan. Podemos decirle: *«Te has equivocado; el hombre que solía vivir aquí, y que cometió esos pecados, está muerto, y yo no*

tengo ninguna conexión con él, y por lo tanto no se me puede pedir que pague sus cuentas.» Ya no hay una «*terrible expectación de juicio*», porque no entraremos en juicio, habiendo pasado de muerte a vida. (Juan 5:24).

El diablo intenta sus viejas tentaciones, a través de las concupiscencias de la carne, pero de nuevo se frustra. Antes no tenía dificultad en extraviarnos, pero ahora tiene que tratar con otro hombre, y para su asombro descubre que sus propósitos fracasan. No hay condenación para nosotros, porque andamos en el Espíritu.

Este nuevo hombre nunca ha pecado, porque es «creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad», y se mantiene eternamente nuevo. ¡Cuántas veces hemos deseado poder librarnos de nosotros mismos! Podemos hacerlo. La palabra nos llega: «Despojaos del viejo hombre con sus obras», y con la palabra viene el poder para despojarlo. Y el nuevo hombre no puede pecar, porque es la imagen misma de Dios. Así que nuestra parte, día a día, puede ser declarar de corazón con el Apóstol Pablo: «Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» (Gálatas 2:19-20, RVR1960).

PT, January 25, 1894